

LOS ESCRITORES MEXICANOS Y LA BIBLIOTECA NACIONAL *

A la memoria de mi padre.
1886-1967.

ES UN SEÑALADO privilegio presenciar y participar en la celebración del Primer Centenario de la creación formal y definitiva —en este mismo lugar— de nuestra Biblioteca Nacional que alberga, si no todos, sí una parte impresionante de los documentos que atestiguan el desarrollo de la cultura de México y de su historia.

Aunque los esfuerzos para crear la biblioteca remontan a 1833, cuando José María Mora y Manuel Eduardo de Gorostiza logran que Valentín Gómez Farías emita un decreto en este sentido, no es sino hasta 1867 cuando el presidente Benito Juárez, al triunfo de las armas republicanas, la constituye en definitiva y le señala esta sede que ocupa hasta hoy.

Creo muy significativo que apenas reinstalados en la capital los poderes de la nación, en un momento lleno de confusiones e incertidumbres, el presidente Juárez se ocupe de los trabajos que atañen al espíritu, al mismo tiempo que de los materiales de reconstruir al país que salía, con gloria, de una guerra sangrienta y agotante.

Creada así la Biblioteca y puesta su dirección en manos del benemérito José María Lafragua, por los esfuerzos sumados de la brillantísima serie de sus directores —que no se cierra, sino se continúa con el inteligente gobierno del doctor Ernesto de la Torre— hoy, a cien años de distancia de aquella fecha memorable, podemos enorgullecernos de contar con una riquísima fuente documental que con sus servicios adjuntos, facilitan y favorecen el trabajo de los estudiosos.

La parcialidad que supone la amistad con que me honra el doctor De la Torre me ha traído a este lugar y me favoreció con un tema vastísimo sobre el que podría —y debería— escribirse un libro; pues las relaciones entre el escritor y la Biblioteca Nacional se pueden entender y desarrollar de muchos modos. Uno sería que casi sin excepción sus directores han sido escritores. Otro, señalar los inagotables y cada día mejores servicios que la biblioteca presta a los escritores. Pero me gustaría poner mayor énfasis en los deberes del escritor con la Biblioteca.

* Conferencia dictada el 21 de noviembre de 1967.

Por ejemplo, aunque existe un mandamiento legal en cuya virtud los autores tienen la obligación de enviar dos ejemplares de sus libros, para su acervo, no siempre se cumple con el precepto, de donde resultan faltantes en los fondos bibliográficos, imposibles a veces de llenar, sin la colaboración de los autores. Precisamente uno de los esfuerzos en que se empeña el doctor De la Torre, que habrá de estrechar los vínculos entre la institución y los escritores, es una campaña que está a punto de iniciarse para lograr que los escritores de México envíen a este centro, no sólo los libros que no tiene, sino manuscritos que enriquezcan la sección correspondiente. Estoy seguro de que la respuesta será copiosa.

Por lo demás, la contribución de la Biblioteca Nacional al desarrollo y perfeccionamiento de nuestra cultura, es ingente. Hoy, por ejemplo, es sumamente estimulante y promisor que una gran mayoría de los asistentes a las salas de lectura y de trabajo, se forma de jóvenes. Es verdad que muchos padecen de precipitación y de suficiencia. A menudo tienen la idea de que el mundo comienza con ellos y de que las generaciones jóvenes nada deben a las anteriores. La inconformidad es connatural a la juventud, pero no debe convertirse en ingratitud ni olvido de lo que debemos a nuestros padres por la carne o por el espíritu. Y precisamente aquí, en estos preciosos anaqueles, está la herencia que hemos de examinar para depurar y enriquecer.

Quizá algunos ejemplos nos ayuden para explicar lo que pretendo decir.

Gracias a la asombrosa capacidad y abnegación del canónigo doctor Ángel Ma. Garibay, cuya irreparable pérdida lloramos, hemos rescatado, estamos rescatando, una parte fundamental de México. Gracias a él y a sus discípulos, entre quienes debemos nombrar específicamente al doctor Miguel León-Portilla, estamos penetrando en el México antiguo y esta herencia espiritual se está incorporando activamente en nuestra poesía, por ejemplo.

Pero esta labor, para cuyo elogio parecen poco todos los adjetivos, tiene sus precedentes. Precisamente León-Portilla, en su último libro —importantísimo e inagotable—: *Trece poetas del mundo azteca*, publicado este mismo año (1967), recuerda que el moderno punto de partida del interés por la cultura del México antiguo, de la poesía en particular, fue un hallazgo de don José María Vigil, tercer director de la biblioteca. “Punto de partida del moderno interés —cito a León-Portilla— parece haber sido un hallazgo de Don José

María Vigil, al hacerse cargo de la dirección de la Biblioteca Nacional de México en 1880. Fortuna suya fue encontrar 'entre muchos libros viejos amontonados', como él mismo dice, el códice manuscrito que se conoce como *Colección de cantares mexicanos*." Remite luego a Peñafiel, al prólogo que puso a la edición facsimilar del documento, publicada en 1904.

Valdría la pena puntualizar los datos, pues, como señalan Garibay y León-Portilla, en 1887 Daniel G. Brinton publicó por primera vez en lengua inglesa una selección de los *Cantares mexicanos*, pero para ello contó con la colaboración de Faustino Chimalpopoca Galicia, quien le envió sus traducciones. No creo que sea difícil precisar la fecha en que este nahuatlato hizo sus versiones. Primero porque su *Silabario de idioma mexicano* es de 1859 (México, Tipografía de Manuel Castro). Luego porque contamos con el testimonio de *Iñandro Acaico* (nota al frente de las *Poesías* de José Joaquín Pesado, México, Escalante, 1886, tercera edición) que en ellas se basó este autor para escribir los poemas que reunió bajo el título de *Las aztecas: / poesías / Tomadas de los antiguos cantares mexicanos, / por / D. José Joaquín Pesado / México. 1854 / Imprenta de Vicente Segura Argüelles. / Calle de Cadena núm. 10 / Las aztecas*—no *Los aztecas*, como suele verse— no figuran en la primera edición de las *Poesías originales y traducidas*, de 1839, ni en la segunda, de 1849, y sí están en la tercera completa ya mencionada.¹

González Peña atribuye a Pesado el mérito de haber sido el "introducido del género indígena en la poesía mexicana", cosa muy discutible,² pues, como se recuerda en 1822 apareció en Filadelfia la novela *Jicotencal* [*sic*] cuyo autor es todavía incierto;³ después, en 1828, en Puebla, se publican las tragedias *Teutila*, de Ignacio Torres Arroyo y *Xicotencatl*, de José María Moreno y Buenvecino ambas en cinco actos y, en la misma ciudad, en 1829, una "comedia heroica" del mismo nombre, *Xicotencatl* de José María Mangino. Así resulta muy posible que por aquellos años pueda encontrarse

¹ *Las aztecas* tiene dos partes: 1a. Versiones e imitaciones de los antiguos cantares mexicanos; 2a. Cantos de Netzahualcōyotl. Sería de sumo interés cotejar los poemas, sobre todo, los de esta segunda parte, con las traducciones modernas.

² He visto repetido este error en un librito reciente: *La literatura mexicana*, de Luis Mario Schneider, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967, 2 v.

³ Vid. Luis Leal, "*Jicotencal*, primera novela histórica en Castellano", *Revista Iberoamericana*, vol. xxv, núm. 49, y José Rojas Garcidueñas, "*Jicotencal*, una novela histórica hispanoamericana precedente al romanticismo español", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, vol. vi, núm. 24, 1956.

algún ejemplo del tema indígena en la lírica. No he hecho una investigación sistemática al respecto, pero de paso quiero consignar la "Anacreóntica 5" intitulada "Al pulque", de don José María Moreno, incluida en sus *Poesías*, Imprenta Liberal de Troncoso Hermanos, 1821.

Y aún más, si nos limitamos a la lírica y nos atenemos a lo publicado, el mérito de que trato pertenece, con toda probabilidad, a Ignacio Rodríguez Galván, cuya "Profesía de Guatimoc" está fechada en septiembre de 1839; y no se deben olvidar los poemas de este género de José María Heredia.

Y volviendo ahora a nuestro Chimalpopoca, no es remoto que sus versiones dieran base a las leyendas mexicanas de José Ma. Roa Bárcena, recogidas en su libro *Leyendas mexicanas, cuentos y baladas del norte de Europa*, México, Agustín Masse, Editor, 1862, en cuyo "Prólogo" dice:

"En el estado actual de comunicaciones y relaciones de los principales pueblos, y cuando el cristianismo y la civilización han difundido unas mismas ideas y establecido casi idénticas costumbres en ellos, es muy difícil que su literatura tenga otro carácter distintivo que el que llevan unas respecto de las otras las razas septentrionales y meridionales, o asiáticas y europeas y americanas; y para darle algún color local no queda otro arbitrio que recurrir a la historia y las tradiciones especiales de cada país. Aplicando esta regla, halléme una mina abandonada hoy de casi todos los que cultivan aquí las bellas letras, no obstante haber abierto el tiro [Francisco] Ortega y Rodríguez Galván y estar patentes las muestras de su riqueza en *Las aztecas* de Pesado." Adviértase, de paso, que también Roa Bárcena está en contra de la afirmación de González Peña.

Como se ve, aquel autor no da sus fuentes. Pero Victoriano Agüeros, comentando las *Leyendas* en su libro *Escritores mexicanos contemporáneos*, (México, Ignacio Escalante, 1888), da como origen de los poemas de Roa el *Ensayo de una historia anecdótica de México en los tiempos anteriores a la Conquista* (1862), del propio Roa, y de él transcribe este párrafo:

"Los que acuden a la literatura de otros países en busca de instrucción y solaz, bien es que den una ojeada a la propia, que en su ramo de historia contiene bellezas de primer orden, a juicio de los más sabios críticos. Los *Anales* de Tula, Texcoco y México, en los días precedentes a la conquista española, no deben ser desconocidos de los habitantes del antiguo Anáhuac, y antes de estudiar la

ascendencia y el origen de pueblos extraños, parece que convendría estar al tanto de todo aquello que dice relación con el nuestro.” “En efecto —comenta Agüeros— poca ha sido la atención que en general han puesto los escritores mexicanos para cultivar la historia nacional. De aquí que desconozcan mil acontecimientos importantes, y que el pueblo no se acostumbre a sacar de ellos lecciones útiles y provechosas.”

Ha de advertirse aquí el camino que Roa Bárcena aconseja seguir para lograr una literatura nacional, con lo que se adelanta y coincide en lo esencial con las ideas de Altamirano y Riva Palacio. Un camino, además, que va más allá del estrato de la palabra, pues por entonces hubo quienes pensaron que lo nacional se manifestaba sobre todo en el uso de palabras nahuas.

Pero si el interés poético por lo indígena decayó en seguida, no ocurrió lo mismo con la filología, y aquí es oportuno mencionar, además del *Silabario* de lengua mexicana —y otros trabajos— de Chimalpopoca, dos piezas, al menos: el *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas* (1862), de Francisco Pimentel, y la *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México* (1864), de Manuel Orozco y Berra, trabajos ligados todos a nuestra Biblioteca Nacional.

Por qué se haya abandonado el laboreo de esta mina —para hablar el lenguaje de Roa Bárcena— es complejo de explicar y quizá algo ayude a aclarar la cuestión lo que dice Montes de Oca en su “Introducción” al tomo primero de las *Obras poéticas* del mismo Roa.

Refiere el ilustre humanista que en su clase de Poética, gustaba de presentar composiciones en las que a las rimas inglesas mezclaba los nombres mexicanos más estrambóticos: “. . . pero mi gusto persistió —continúa Montes de Oca—, al regresar al país. . . Leí con avidez *Las aztecas* de Pesado. De Roa sólo había salido a la luz pública, hasta entonces, en este género, ‘La danza de los indios’; . . . si ya entonces hubieran visto la luz pública ‘La princesa Papantzin’ y las demás *Leyendas mexicanas*, es probable que hubiera sido su ferviente admirador.

“Pero antes que salieran de su pluma modificó mi gusto quien menos se pudiera creer: el noble indígena Don Faustino Chimalpopoca. . . Era catedrático de idioma mexicano en la Universidad y fui uno de sus discípulos. Él nos inició en los misterios del idioma azteca; y guiándonos por sendas, en que no habríamos podido aventurarnos solos, nos hizo ver cuán diferentes de los cantos originales

eran los que a Netzahualcóyotl y otros poetas indígenas se atribuían. Más tarde otro sabio anticuario, Don Joaquín García Icazbalceta, * acabó de hacerme escéptico en todo lo relativo a las letras, artes y grandezas de los primitivos habitantes de México. Por último, dos insignes críticos, español el uno [Menéndez Pelayo], y colombiano el otro [Miguel Antonio Caro], me hicieron perder totalmente el gusto por lo que se ha llamado *leyenda americana* o en especial *mexicana*.”

Hoy la escuela de los Garibay y León-Portilla responde cumplidamente a todos esos reparos, pero vienen a cuento algunos comentarios.

El primero es la confirmación de que en el siglo XIX se puede encontrar en nuestra “bella literatura”, lo que alguna vez llamé el imponderable nahua,⁴ cuya perfecta discriminación reclama con urgencia los estudios comparatistas. El segundo, que resulta muy interesante que Pesado y Roa Bárcena, a quienes con Carpio y otros, alguien llamó “Los salmistas” —según recuerda Urbina— fueron quienes con especial énfasis hayan cultivado los temas indígenas. Y no deja de sorprender que quienes han estudiado nuestro romanticismo no hayan señalado este hecho, ya que la valoración del pasado está dentro de la temática romántica; de donde se sigue que el lugar común de identificar a los clasicistas con los conservadores y a los románticos con los liberales, es insostenible y simplista.

Semejante criterio tuvo su apoyo en una de esas frases brillantes de Víctor Hugo, a menudo mal citada, que está en el “Prólogo” de *Hernani* —y no en el de *Cromwell*, como asegura Díaz-Plaja en su *Introducción al estudio del romanticismo español*, (Madrid, Espasa-Calpe, 1942). La frase completa de Hugo es ésta: “Le romantisme tant des fois mal défini n’est, à tout prendre, et c’est là sa définition réelle, si l’on ne l’envisage que sous son côté militante, que le libéralisme en littérature.”⁵ Es esta cuestión que merece amplio estudio; habría que estudiar el contexto de la frase huguiana; no sea que ocurra con ella lo que con otra, la que se convirtió en una

* Sobre la idea y sabiduría de García Icazbalceta acerca de la cultura del México antiguo, véase el breve comentario que hace Felipe Teixidor en *Cartas de Joaquín García Icazbalceta*, México, Ediciones Porrúa, 1937, compiladas y anotadas por..., Prólogo de Genaro Estrada, pp. 36 y ss. (núm. 4.)

⁴ Es necesario tener presente que este elemento nunca faltó en las letras mexicanas; bastaría recordar los “tocotines” de Sor Juana.

⁵ En *Préface de Cromwell, suivi d'extraits d'autres préfaces dramatiques*, Paris, Classiques Larousse, p. 68.

de las divisas del modernismo: "*L'art c'est l'azur*", que, como he podido precisar en otro lugar, está en una página escrita precisamente en contra del arte por el arte.

Y no se agotan aquí las obras de tema indígena de nuestro siglo XIX. Sólo por citar una obra curiosísima, mencionaré la de mi paisano Juan Luis Tercero: *Netzahualpilli o el catolicismo en México*, 1875. Me complace apuntar estos sugestivos problemas, con la esperanza de que alguno de nuestros jóvenes investigadores los examinen y resuelvan, para lo cual la Biblioteca Nacional les ofrece los datos y documentos pertinentes.

El tema de lo indígena en el XIX parece inagotable. Ernesto Le-moine Villicaña llama mi atención sobre la nota "Elocuencia Antigua Mexicana" (*Diario de México*, 4 de diciembre de 1809) que es traducción y comentario de la *Oda de la flor* de Netzahualcóyotl, y otra más, "Sobre antigüedades mexicanas", ésta firmada por *El curioso anticuario* (*Ibid.* 26 de diciembre de 1809), debidas, probablemente a la pluma de Carlos María de Bustamante. También me informa del *Guatimoc*, tragedia en cinco actos de J. F. (¿José Fernández?) Madrid, París, 1827, reseñada en el *Repertorio americano*, Londres, agosto de 1827, t. IV. Bustamante escribió mucho sobre el tema; me limitaré a recordar sus *Mañanas de la alameda* . . . , México, Imprenta de la Testamentaría de Valdés, 2 v., 1835 y 1836 respectivamente. Tarea nada inútil es la de captar lo que, apoyándome en las ideas de León-Portilla, he llamado el "imponderable nahua" en la poesía, en las letras mexicanas, pues, desde este ángulo, es aportar elementos para establecer la "continuidad de una cultura" según la frase de aquel ilustre *tlamatini*.

Insistiré, cuanto antes, en que limitarse al XIX no supone que el tema indígena en la poesía haya estado ausente en la poesía virreinal. Esta limitación es deliberada y debe hacerse constar que la corriente decimonónica es nada más la prolongación de la que nace al día siguiente de la Conquista.

El tema indígena se manifiesta en todos los estratos de la poesía. Mencioné ya el de la palabra del que es buen ejemplo un soneto publicado en el *Panorama de las señoritas*. Periódico científico y literario, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1842, núm. 2, p. 388. Lleva este encabezado:

"Soneto. En que la última palabra de cada pie es mexicana, y en que se describe el estado en que se hallaba México, cuando atacó aquella terrible epidemia que los indios llamaron *cocolistle*, recién

hecha la conquista. Su autor, un eclesiástico mexicano." He aquí el texto:

Ya la helada vejez del cano *pashtle*
anuncia la llegada del *chiabuistle*;
ha consumido el reino el *cocolistle*
cual la gallina el verde *calacashtle*.⁶

Ya no siente el maguey el duro *ocastle*;⁷
ni el indio saca ya las hebras de *ishtle*.
No hay quien contenga al fiero *cacomistle*
ni quien pulse el sonoro *teponastle*.⁸

Ya no hay india que cueza el *totopostle*
de aquella blanca y delicada *teshtle*.⁹
en las aras del gran *Guizilopostle*.¹⁰

Ya no se sacrifica el *chayoteshtle*;¹¹
y por comer mi musa un *shoconostle*,¹²
fui a dar a San Javier¹³ en un *pepeshtle*.¹⁴

R. M.

Muchos años después el curioso soneto se atribuyó a Juan Díaz Covarrubias, en *El instructor*, periódico literario y científico editado por el doctor Jesús Díaz de León, Aguascalientes, 12 de diciembre de 1888. Por su condición de monorrímo recuerda el soneto en *tiempo* de Renato Leduc, y no deja de sorprender la coincidencia con los poemas monorrímos del modernismo.

Clementina Díaz y de Ovando, de quien procede el dato ("Estudio preliminar" de las *Obras completas* De Juan Díaz Covarrubias, México, UNAM, 1958, t. 1), luego de rechazar la atribución, comenta que es un juego lingüístico "con palabras en la rima de

⁶ *Calacashtle*. Especie de yerbita menuda que se cría en las ciénagas.

⁷ *Ocastle*. Instrumento de fierro a manera de cuchara con que los indios raspan el maguey.

⁸ *Teponastle*. Instrumento musical de los antiguos indígenas.

⁹ *Teshtle*. Lo mismo que masa, blanca y bien molida.

¹⁰ *Guizilopostle*. Uno de los dioses de la gentilidad.

¹¹ *Chayoteshtle*. El corazón del chayote, o también la raíz gruesa y pulposa a manera de camotes, que se come cocida.

¹² *Shoconostle*. Especie de tuna de cáscara gruesa.

¹³ San Javier. Lazareto u hospital de Puebla.

¹⁴ Lo mismo de *tapesco* o camilla. Las notas 6-14 son del autor del soneto.

origen nahua” y señala que “sonetos hechos a este modo irónico aparecen en *El Abuizote* (1874) de Vicente Riva Palacio”.

Andrés Henestrosa trató el asunto coincidiendo con la doctora Díaz y de Ovando, en su “Alacena de Minucias” (Suplemento de *El Nacional*, 7 de febrero de 1960) en la que, además, anuncia que discutirá la identidad del eclesiástico R. M. No recuerdo si llegó a hacerlo. Aquí se ve cómo el imponderable nahua cala tan hondo que llega a las formas irónicas y satíricas. Esto, en Riva Palacio, podrá estudiarse con mayor profundidad cuando la mencionada investigadora publique y comente la *Obra completa* de Riva Palacio, en la que sin duda se incluirán sonetos de esta clase. Hay otros ejemplos en el autor; lo usa, por ejemplo, en el capítulo que dedica a Alfredo Chavero en el graciosísimo —y muy interesante— libro *Los ceros* (México, Díaz de León, MDCCCLXXXII).

La tentativa de crear una épica nacional, al menos de tema nacional, cuya ausencia entre nosotros tanto preocupaba a Altamirano, y por cuyo cultivo tanto pugnó, se ilustra con *El Anáhuac*, ensayo épico en trece cantos en romance heroico, por José M. Rodríguez y Cos, México, Imprenta de M. Murguía y C³., Portal del Águila de Oro, 1853.

Un año antes, en 1852, Emilio Rey había publicado sus *Recuerdos de Anáhuac*. Colección de cantos históricos mexicanos (México, Imprenta de Vicente Segura Argüelles) después incluidos en su libro *Poesías de Emilio Rey* (México, Tipografía de Neve) 1868. Cosa notable tratándose de un español.

También hay que mencionar los trabajos de Eduardo del Valle: *Cuauhtémoc*, poema en nueve cantos, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1886, prólogo de Ignacio M. Altamirano, y *Coyolicaltzin*, leyenda del siglo xv, México, Díaz de León, 1887, prólogo de Luis González Obregón.

No cabe aquí el comentario de estas obras; pero al menos, se debe decir que Altamirano no toca directamente el problema de la existencia, significación y validez de la poesía del México antiguo; tampoco González Obregón, su fiel discípulo. Les preocupa, fundamentalmente, el problema de la “literatura nacional”. Recordemos que ya Agustín Yáñez dijo que la épica está en las crónicas de la Conquista, y no es menos interesante comprobar que estos libros de tema indígena, particularmente el *Cuauhtémoc*, representan en nuestro xix, la *Visión de los vencidos* —lo destaca enérgicamente

Altamirano—, con lo que las ideas de León-Portilla expuestas en su libro de aquel título, encuentran su precedente natural.

También se halla el imponderable nahua en los trabajos literarios femeninos.

Las Hijas del Anáhuac fue una pequeña revista publicada en el XIX. La colección de nuestra Hemeroteca Nacional tiene catorce números: del 19 de octubre de 1873, al 18 de enero de 74; en éste no hay datos para afirmar que allí terminó la publicación de este semanario. Tampoco tiene indicador y sólo se menciona en algunos ejemplares que la redactora en "gefe" era Concepción García y Ontiveros.

En la presentación ("A nuestras lectoras") se explica que algunas jóvenes que aprendían tipografía "... con el objeto de formalizar sus ejercicios, ocurrieron a nosotros para la publicación de un periódico íntimo. . . () Nunca se había publicado un periódico redactado como el presente por señoritas. . . () Ya no es mal visto que la mujer escriba. . . () Además ¿por qué si el hombre puede manifestar públicamente las galas de su inteligencia, la mujer ha de estar privada de hacerlo, habiendo, como hay, mujeres cuyos talentos igualan a los de los hombres? . . ." Firma la nota *Ilancuéitl*. Aquí, y sin que haya datos para la identificación, aparecen numerosos pseudónimos en nahua: *Coatlique*, *Papantzin*, *Miahuaxóchitl*, *Xiubtzaltzin*, *Ayahuaxóchitl*, *Xóchitl* y *Malinztin*.

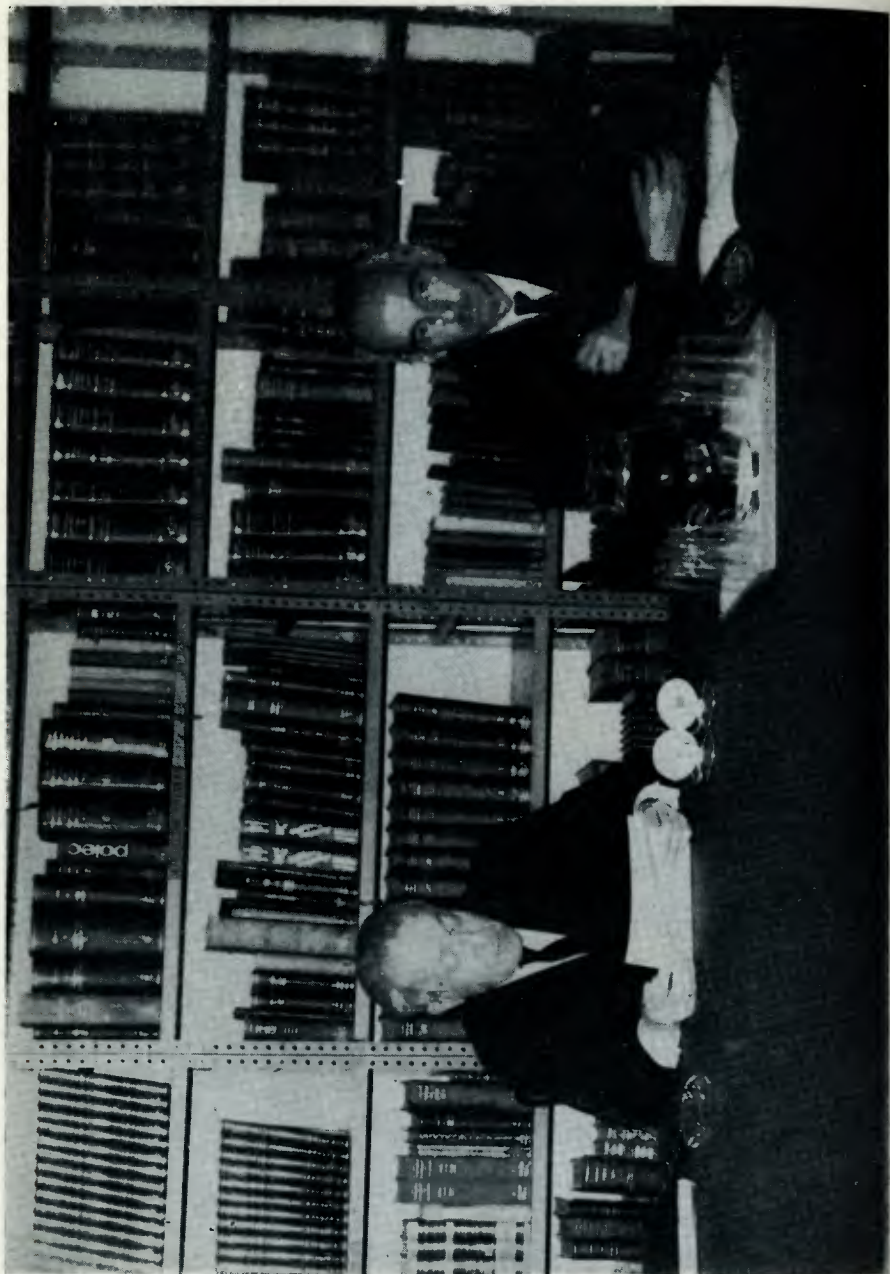
Mencionaré finalmente que en *La esquila*, México, 28 de septiembre de 1872, número 7, publicación semanal, se anuncia que con esa fecha se inicia la publicación de la obra *Indios célebres de la República Mexicana*, por Antonio Carrión, México, 1860. Parece que se trataba de un manuscrito, cuya publicación en *La esquila*, se hizo con permiso del autor. Desgraciadamente sólo se hallan dos inserciones que no agotan ni siquiera el prólogo; no se sabe si desapareció este semanario, pues la colección de la Hemeroteca abarca sólo hasta la edición del 5 de octubre de 1872.

Estoy seguro de que una búsqueda minuciosa en libros, revistas y antologías, puede rendir muchos más testimonios similares a los que aquí se documentan. No menos interesante sería la búsqueda en la folletería, en la que figuran los *Perfiles de la Conquista*, romance histórico por Juan Antonio Mateos, 1521-1887, México, Imprenta y Lit. de J. Vicente Villada, 1887.

La estrecha relación entre este centro de estudio y los escritores puede ilustrarse con otro ejemplo notable.



Licenciado Rafael Montejano y Aguiñaga.



Doctor José Ignacio Mantecón Navasal.



Profesor Porfirio Martínez Peñaloza.



Doctor Francisco Monterde.

Licenciado Ignacio Cosío Romero.





Licenciado Roberto Moreno.

Me refiero ahora a su tercer director, don José María Vigil (1829-1909), figura venerable y benemérita, olvidada hasta que Adalberto Navarro Sánchez reunió para la Universidad Nacional —según creo— sus *Obras selectas* y cuyo estudio preliminar publicó en uno de los números recientes de su revista *Et caetera*.

Deliciosas páginas de evocación dedica Salado Álvarez a Vigil en su *Tiempo viejo*, primer tomo de sus *Memorias*. Al filo del 1900, dice Salado:

“Don José Ma. Vigil había pasado de los sesenta y tenía el rostro moreno, blanca la barba que había sido de ébano; apagados los ojos que habían sido carbones; inclinado el cuerpo, vacilante el paso, irregulares los dientes y fácil la palabra . . .” “Para Vigil —prosigue— el humanismo no era una teoría literaria ni una protesta contra cosas nuevas o viejas. Era la encarnación de su ser, la razón de su personalidad, la regla de su conducta.”

“Quien haya tratado a Vigil, puede jactarse de haber conocido a un verdadero sabio, candoroso, sencillo y sin malicias.”

Cuenta después sabrosas anécdotas, pero lo que aquí interesa recalcar es su firme posición antipositivista. Vuelvo a citar a Salado:

“Este varón justo, que realizaba el tipo social, filosófico, moral y hasta físico del académico y del hombre de estudio, guardaba en su interior mucho del brío de la juventud. ¡Con qué ardor y con qué inteligencia defendió a la metafísica en contra de hombres como [el doctor Manuel] Flores y [Porfirio] Parra, en la flor de los años, seguros del apoyo oficial y dueños de dotes de elocuencia que no poseía el insigne bibliógrafo! Y no defendió el aristotelismo ni la metafísica laberíntica de los seminarios mexicanos del siglo XVIII, sino la ciencia que se mantiene de ideas que denuncian lo suprasensible, lo que no está al alcance de los sentidos, lo que no puede ser disecado por el escalpelo ni analizado en la retorta. Se rebelaba ante esa ciencia que en su afán de neutralidad no afirmaba ni negaba a Dios y se empeña en vivir de realidades que nunca existieron.”

Tales polémicas las documenta don Emeterio Valverde Téllez, más tarde obispo de León, en sus *Apuntaciones históricas sobre la filosofía en México* (México, Herrero Hermanos, 1896). La exposición y defensa del positivismo se hacían en el periódico *La libertad* y, sobre todo, en *El Positivismo*, publicación dirigida por el doctor Porfirio Parra.

Para oponerse a esta filosofía —sigo a Valverde— Vigil fundó la *Revista Filosófica*, en 1882, que no he tenido ocasión de estudiar.

Es, pues, Vigil, uno de los primeros en luchar contra la filosofía oficial en esa época; hay que agregar, del lado de los neoescolásticos, al canónigo don Agustín Abarca (1844-1891), restaurador del tomismo en el Seminario de Michoacán.¹⁵ Y más tarde, en las postrimerías del gobierno porfirista, a Rubén Valenti y Antonio Caso.

Dice Salado que aquellas controversias encontraron a Vigil en plena madurez. Pero todavía en 1905 escribe el "Prólogo" para las *Nociones de estética* de Diego Baz, en que reafirma su convicción espiritualista:

"Preguntarése quizá —dice Vigil—, con qué derecho se hace figurar la estética entre las ciencias filosóficas al lado de la Lógica y de la Moral; pero la respuesta es bien sencilla, porque si las ideas de lo verdadero y de lo bueno que surgen del fondo de la conciencia humana, han hecho sentir la necesidad de buscar los medios para precaverse del error que obscurece la inteligencia, y del vicio que degrada el libre y legítimo ejercicio de la voluntad, no es menos necesario evitar con el auxilio de un recto criterio el influjo malsano de imaginaciones desequilibradas que corrompen la noción de lo bello, y turban la armonía entre esas ideas fundamentales que constituyen la unidad de la vida psicológica. Así lo reconocen los grandes filósofos, que no obstante la diversidad de escuelas, han consagrado profundos estudios a la Estética, a fin de establecer, en un orden superior, la base racional de las bellas artes, pues siendo el objeto especial de éstas la interpretación de la belleza, no podían limitar su actividad a procedimientos de empirismo autoritario, sino que han cedido a la tendencia de alzarse a esferas más altas para romper el velo misterioso y adueñarse de los secretos de la inspiración y del ideal, transformando la técnica artística en un sistema compuesto con las legítimas deducciones de principios bien determinados, que imponen su observancia por medio del convencimiento que inspira la verdad."¹⁶

Vale la pena recordar que fue Hegel una de las fuentes de Vigil —y de otros contemporáneos suyos—; en algunas de sus ideas se apoya, entre otros lugares, en el estudio biográfico y literario que

¹⁵ Vid. Francisco Elguero, *Un gran mexicano*, México, 1930, [s. p. i.] (Vida y obra selecta de Abarca).

¹⁶ En la obra mencionada de Baz, México, Tip. y Lit. "La Europea" de J. Aguilar y Vera (S. en C.), 1905.

va al frente de las *Obras poéticas* de la señora doña Isabel Prieto de Landázuri, primera parte. Composiciones líricas (México, Imprenta y Litografía de I. Paz, 1883). Este libro nos lleva a mencionar otro de Vigil, que probablemente es la primera antología de la poesía femenina mexicana: *Poetisas mexicanas. Siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*. Antología formada por encargo de la Junta de Señoras correspondiente de la Exposición de Chicago, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1893. Algunos datos notables se consiguen allí, por ejemplo, se menciona a una poetisa nahua que es probablemente Macuilxochitzin, documentada por León-Portilla y, en fin, se recoge una décima acróstica de Mariana Navarro (siglo XVIII), que es un verdadero caligrama.¹⁷ Creo que esta última obra revela, de modo especial, las fuentes que se custodian en esta Biblioteca.

Cerraré estos apuntes refiriéndome a una importantísima empresa que, por desgracia, quedó trunca: la *Antología del Centenario*, que se proyectó magna, pero de la que sólo se publicaron los dos volúmenes de la primera parte. Aunque apareció compilada bajo la dirección de Justo Siera, la realizó una comisión formada por Luis G. Urbina, Nicolás Rangel y Pedro Henríquez Ureña. Fue la primera antología mexicana ajustada a los cánones críticos y bibliográficos estrictos, de modo que sobre los autores incluidos se dan las correspondientes notas biobibliográficas e iconográficas y las apreciaciones críticas.

El "Estudio preliminar" de Urbina traza un amplio pero ceñido estudio de conjunto de las letras mexicanas a partir de 1800, y todavía hoy es punto de referencia imprescindible. Creo que deben existir documentos que ayuden a reconstruir el plan que se trazaron aquellos investigadores y, si se encuentran, sería muy atinado darlos a la luz. El doctor De la Torre, a petición mía, procura localizar y estudiar los expedientes respectivos, trabajo que me parece muy fructífero, pues podría estimular, entre otras tareas, la de hacer un estudio de las antologías mexicanas que se han examinado poco y parcialmente, pero que encierran nombres y datos que urge analizar

¹⁷ Examiné brevemente esta antología de Vigil en mi nota "Las *poetisas* de Vigil", Suplemento dominical de *El Nacional*, 6 de octubre de 1968. Sobre el casi caligrama *Vid* mi nota "Guillaume Apollinaire: antigüedad de lo nuevo", *ibid.*, 24 de septiembre de 1967.

si queremos contribuir a tener, alguna vez, la gran historia de la literatura mexicana de la que carecemos.

A la comisión mencionada se asignó un lugar en este recinto; lo evoca el maestro Reyes en su hermosa y conmovida "Recordación de Urbina":

"Cuando se acercaba el Centenario, fue a instalarse en el fondo de la Biblioteca Nacional para redactar, en compañía de Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel, aquella *Antología* en dos volúmenes en donde se juntaron páginas y noticias tan peregrinas, y cuyo prólogo, de pluma de Luis, es una reconstrucción rápida y encantadora de aquel amanecer de la independencia... () Alguna vez llamé a estas páginas 'crítica de última instancia', resultado humano y definitivo, que ya deglutió el documento, y trajo ya la mera discusión estética a su pleno calor de función vital... () En aquellas grandes salas destartaladas, que poco a poco se fueron llenando de mesas y de libros, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel iban hacinando materiales y trazando estudios monográficos. Y Luis dibujaba sus líneas sintéticas, sobre la movediza montaña de la obra en formación."¹⁸

Quepa aquí mi homenaje a los investigadores mexicanos, cuya escasez de recursos materiales la compensan, y con qué gallardía, con la abnegación y el talento. Por todas partes oímos decir con insistencia machacona, que en México no hay crítica; y si en ello hay parte de verdad, también es cierto que la investigación literaria es una de las tareas menos protegidas y estimuladas. Y sin investigación no puede haber una base sólida para la crítica. Hoy, por fortuna, nuestro actual secretario de Educación Pública, licenciado don Agustín Yáñez, se empeña loablemente en establecer premios monetarios para los creadores. Confío en que dedicará uno específico para la investigación literaria; y qué mejor que darle el nombre de Ángel María Garibay, cuya sombra protectora ha de favorecer estas tareas.

Al concluir su recordación de Urbina, don Alfonso señala que en nuestra Legación en Madrid quedaron muchos papeles, producto de los trabajos del investigador en el Archivo de Indias, y formula el voto de que nuestras autoridades se preocupen de salvar este acervo.

¹⁸ La nota sobre Urbina en *Pasado inmediato*, México, El Colegio de México, 1941, recopilada en *Obras completas*, t. III, México, Fondo de Cultura Económica, 1960; véase también "La *Antología del Centenario*", O.C., México, F.C.E., 1955, t. 1.

Hemos de reiterar el voto y pedir al distinguido director de la Biblioteca Nacional que se haga eco de la esperanza alfonsina.

Al llegar a este punto me doy cuenta de lo poco que he dicho; poco y desaliñado. No me he referido, por ejemplo, al Instituto Bibliográfico, impulsado por Del Paso y Troncoso —entre otros— y que ha contado con la colaboración de distinguidísimos sabios, como Nicolás León, para mencionar un solo nombre y que continúa sus trabajos con excelentes publicaciones. Tampoco he podido comentar la revista *Biblos*, publicada antiguamente por la Biblioteca; revista llena de datos y en donde está parte de la obra de hombres como don Francisco Monterde y Enrique Fernández Ledesma. Su misión la continúa hoy el *Boletín*. Pero mis deficiencias las han de llenar los maestros que me seguirán en este sitio.

Deseo agradecer al Director, repetiré, la amistosa parcialidad con que quiso distinguirme; y a este auditorio, su paciencia para escucharme. En fin, no por azar este recinto que guarda tantos tesoros bibliográficos fue la Iglesia de San Agustín, pues el lema del obispo resume y propicia los trabajos que aquí se llevan a cabo: *Tolle, lege*.

PORFIRIO MARTÍNEZ PEÑALOZA

